

Quintín Correa se despertó cuando los primeros rayos del sol alcanzaron su cuerpo maltrecho y acalambrado por el rigor de la noche pasada a la intemperie. Se incorporó hasta quedar sentado sobre uno de los tablones del puente que le había servido de lecho improvisado y rudo. Bostezó y se desperezó estirando sus viejos brazos entre los jirones de neblina que el incipiente calor de la mañana empezaba a disipar. Después se puso en pie y movió con esfuerzo las piernas entumecidas y pesadas. Bajó por un costado del camino carretero hasta la margen del estrecho río engrosado por las lluvias del verano; se acuclilló junto a la corriente y, haciendo cuenco con las palmas de ambas manos, se mojó la cara y el cuello para avivarse definitivamente. A continuación se sentó sobre la grama humedecida todavía por el rocío, se quitó las alpargatas y extendió las piernas hasta que sus pies entraron en el agua. Allí los dejó un rato, y cuando los sacó para que el sol y el aire los secaran, miró a su alrededor moviendo lentamente la cabeza. Se sintió reconfortado. Hacía mucho que no presenciaba un amanecer en campo abierto, y de pronto reconoció todo lo que eso significaba para él. Nada menos que los primeros cincuenta años de su vida. Medio siglo, se dijo: medio siglo vivido como esclavo.

La verdad era que no había pensado en eso con frecuencia, y tuvo que preguntarse qué lo impulsaba a hacerlo precisamente ahora. El espectáculo del sol que empezaba a alzarse sobre el mundo, refulgente y poderoso, padre del día y reanimador de todo lo dormido, sin duda tenía mucho que ver con ello. Sin embargo, sabía muy bien que aquel gran prodigador de vida se complacía también en agotarla y maltratarla. Así lo había descubierto desde que tuvo edad y tamaño suficientes para servirle al amo en sus campos de cañas, primero repartiendo agua entre los negros grandes que aquel mismo sol —que era como el gran ojo vigilante del señorío de los blancos— castigaba durante toda la jornada de trabajo; después, cuando su experiencia y sus fuerzas dieron para más, cuidando con una garrocha de que los bueyes del trapiche se mantuvieran en constante movimiento; más tarde, hombre ya, convertido el machete en extensión viva de su brazo, cortando las cañas bajo el mismo sol implacable y tenaz, deseando a veces la lluvia que a fin de cuentas volvía también otro castigo cuando empantanaba la tierra bajo sus pies y parecía calar sus huesos.

El sol y la lluvia, pensó Quintín Correa todavía sentado junto a la corriente gorgoteante. Dos contrarios sin cuya existencia la vida no sería posible. Como el día y la noche, el mar y la tierra, el llano y la montaña, el hombre y la mujer... ¿El hombre y la mujer? Ah, no, entonces no se trataba de contrarios, sino de algo muy distinto. De

parejas, eso era. Claro: para cada cosa y cada ser existía otra cosa y otro ser que le daba su sentido verdadero. Como, por ejemplo (¡y ése era, por supuesto, el mejor ejemplo!), la madre y el hijo. Y ese pensamiento suscitó en seguida en él, muy naturalmente, el recuerdo de su propia madre.

De ella, empero, tenía Quintín tan sólo una vaga memoria porque murió antes de que él llegara a conocerla bien, aniquilada por una de aquellas epidemias que vaciaban los barracones y llenaban los cementerios en unos cuantos días. Pero algunos detalles sí habían logrado sobrevivir en su recuerdo. Así, entre otros, el hecho de que su madre no era puertorriqueña sino africana. Ella misma se lo había contado en más de una ocasión; pero todo lo que eso significaba, se repitió Quintín ahora con la misma seguridad de siempre, era que ella había nacido en Africa y la trajeron a Puerto Rico antes de cumplir los doce años. Sin embargo, de ahí a ser africana y no puertorriqueña había un buen trecho, porque, vistas las cosas como había que verlas, es decir, después de pensarlas bien, ¿en qué precisamente consistía eso de ser o no ser puertorriqueño? La pregunta se la había hecho Quintín Correa con motivo de varios acontecimientos a lo largo de su vida. No los recordaba todos, claro, pero algunos se le habían grabado para siempre en la memoria. Evocó el primero de ellos, que no había olvidado pese a los setenta años transcurridos desde entonces, ya que a la sazón él no podía haber pasado de los cinco. Cerrando los ojos por unos momentos se vio a sí mismo jugando con un muñeco de trapo relleno de bagazo junto a la puerta del barracón. Era la apacible hora del ocaso, cuando los negros regresaban en pequeños grupos de los campos, hablando poco y como contando los pasos. Entonces sucedió algo que los hizo detenerse a todos y cortó sus débiles conversaciones como si una orden los hubiese conminado súbitamente al silencio; algo que pareció dejar en suspenso el tiempo mismo, cargando el ambiente sosegado de la hora con una tensión inexplicable. El niño percibió el cambio con una vaga sensación de temor que lo hizo abandonar su juego, y buscó en los rostros de los adultos que lo rodeaban la razón de aquel sobrecogimiento general. Los vio a todos con la mirada puesta en el camino que llegaba desde la carretera hasta el patio central de la hacienda, y entonces él también miró en esa dirección. Lo que su curiosidad descubrió en ese momento fue algo que nunca antes había visto. Por el camino se acercaba un grupo de ocho o diez personas, de las cuales la mayoría eran negros que avanzaban de uno en fondo, mientras dos hombres blancos, uno a cada lado de la fila, parecían dirigir su marcha. En esta pareja reconoció el pequeño Quintín a dos capataces de la hacienda, cuya vestimenta completa, que incluía zapatos y sombreros de alas anchas, contrastaba con la semidesnudez de los negros. A medida que el grupo se aproximaba, un murmullo asordinado empezó a deshacer el estupor inicial de quienes presenciaban la escena. Quintín vio salir a su madre del barracón donde preparaba la comida de la tarde, todavía con un cucharón de madera en la mano, y la expresión que de pronto alteró el semblante habitualmente afable de la mujer aumentó su desconcierto hasta el punto de hacerlo tender sus bracitos hacia ella. Lo levantó ésta del suelo, sin soltar el cucharón, y lo apretó fuertemente contra sí al tiempo que mantenía fija la mirada en el grupo que ahora pasaba frente a ellos. Entonces fue fácil contar a los negros: eran

siete, cinco hombres y dos mujeres. Todos jóvenes: el mayor no pasaría de los veinticinco años y una de las hembras entraba apenas en la adolescencia. Los hombres sólo vestían calzones cortos; las mujeres un camión o sayo que las cubría hasta debajo de las rodillas. Venían unidos por una cuerda que rodeaba la cintura de cada uno y cuyo extremo sujetaba el capataz que marchaba al lado derecho de la fila, portando un largo machete al cinto. El aceite con que habían embadurnado a los negros hacía brillar sus pieles bajo el mortecino sol del crepúsculo, pero no alcanzaba a ocultar las pústulas y las cicatrices recientes en las espaldas desnudas de los hombres. Más impresionante que esas lacras era, sin embargo, la expresión azorada y temerosa de sus rostros. Sólo uno de ellos, el mayor de los varones, mantenía erguida la cabeza y clavada la vista en un punto indeterminado del espacio frente a sus ojos. Era alto y musculoso, y sus pasos firmes y seguros denotaban un singular vigor constreñido tan sólo por el andar cansino y vacilante de los otros. Otra cosa lo distinguía llamativamente de éstos: las cicatrices (no recientes como las que exhibía su espalda) que surcaban verticalmente sus dos mejillas. “Un guerrero”, oyó Quintín musitar a su madre. “A ése tendrán que domarlo para hacerlo esclavo”.

Después, esa misma noche, antes de dormirse, escuchó en el barracón los comentarios de los demás negros sobre la llegada de los “africanos”, y desde entonces aprendió que con esa palabra se designaba a los nuevos esclavos comprados por el amo cuando éstos no habían nacido en el país y se expresaban en lenguas que sólo algunos comprendían a medias. Su madre era una de éstos, y en los meses siguientes la vio dedicar buena parte de su escaso tiempo libre a enseñar el español a los recién llegados, sobre todo a la jovencita que alojaron en el mismo barracón habitado por las mujeres y los niños. Supo que el otro negro, el que su madre había llamado “guerrero”, fue el único que se negó a aprender la nueva lengua y a ejecutar cualquier trabajo; y uno de los resultados de esa actitud fue el descubrimiento, por parte de Quintín, del uso a que estaba destinado aquel tosco instrumento de madera al que llamaban “cepo”. Allí vio el niño en varias ocasiones al negro recio y silencioso, aprisionados su cuello, muñecas y tobillos por los dos maderos que al unirse le mantenían el cuerpo doblado hacia adelante y privado de todo movimiento. Nunca se atrevió a acercársele en esos momentos porque sabía que sólo debía hacerlo el capataz encargado de su vigilancia; pero lo observaba de lejos con curiosidad y compasión y, más tarde, cuando el negro rebelde desapareció para siempre de la hacienda, la curiosidad y la compasión dieron paso a un nuevo sentimiento que él mismo no era capaz aún de nombrar, pero que al llegar a la edad en que pudo empezar a entenderse a sí mismo y a los demás, reconoció como una profunda y secreta admiración.

La fuga del esclavo que nunca aceptó su cautiverio fue un acontecimiento cuyo recuerdo perduró largo tiempo en el pequeño y más bien aislado mundo de la hacienda, tal vez porque no tuvo desenlace conocido. Los capataces y los perros que el amo mandó tras él regresaron solos al cabo de varios días, y su fracaso dio lugar a las más diversas especulaciones: que se había dado muerte por su propia mano cuando se

vio acorralado, que logró unirse a otros cimarrones en un palenque cuya ubicación nadie conocía, que alcanzó a llegar a Santo Domingo donde la esclavitud había sido abolida y los negros habían fundado una república gobernada por ellos mismos después de matar a todos los blancos... Esta última versión era la preferida porque suscitaba comentarios e interrogantes en el fondo de los cuales alentaba una esperanza que nadie osaba expresar abiertamente, pero que se comunicaban en forma de insinuaciones, dudas y hasta bromas que investían al evadido con el rango de general, gobernador y aun rey de aquella antimonarquía tan difícilmente imaginable. Pero en eso quedó todo, pues ningún otro negro de la hacienda pensó (y si lo pensó no se lo dejó saber a nadie) en imitar el ejemplo del "africano", como siguieron llamándolo cada vez que se referían a él.

Sobre Africa y los africanos no llegó a aprender mucho Quintín por boca de su madre, muerta cuando él sólo tenía ocho años; pero la joven esclava que aquélla había enseñado a hablar "cristiano" (y la facilidad con que la muchacha aprendió la nueva lengua los dejó a todos asombrados) quedó a cargo del huérfano mientras éste requirió de su atención, y por ella llegó a formarse el niño una imagen más bien fragmentaria y nebulosa de la tierra de sus antepasados. Aprendió, por ejemplo, que los tambores pueden ser hembras o machos y que no sólo suenan, sino que hablan cuando los toca un iniciado; pero la prohibición que pesaba sobre aquel lenguaje a causa del recelo que infundía en los blancos sólo le permitió memorizar una docena de "palabras" arrancadas quedamente, y al amparo de la noche, por un negro viejo a algún parche clandestino. Su curiosidad, por otra parte, siempre tropezó con la renuencia de su nueva madre que apenas le doblaba la edad. "No son cosas de criollos", solía sentenciar ésta para dejar sin respuesta las más de sus preguntas. Y cuando él invocó en una ocasión la africanía de su progenitora para tratar de romper esa reserva, ella fue categórica en su réplica: "Tu mamá ya era de aquí. Con los hombres será diferente, pero el país de una mujer está en sus hijos". Entonces, por primera vez hasta donde ahora recordaba, Quintín tuvo conciencia de su orfandad de padre. Interrogó a la muchacha y la contestación que obtuvo fue escueta pero suficiente: "Tu padre fue un negro como todos los de aquí. No llegaste a conocerlo porque lo vendieron antes de que tú nacieras. Pero no por eso tienes que sentirte huérfano: tu padre es y seguirá siendo tu amo mientras los caracoles no anuncien otra cosa". Porque en eso sí se mantenía fiel la esclava a su oriundez, sobre todo en virtud de que entre el activo animismo de su fe primigenia y el abstracto rigor de los dogmas católicos no discernía ella ninguna contradicción irreductible. Pero no hizo el menor esfuerzo por inculcarle a Quintín aquellas creencias que sabía condenadas por el mundo de los amos, y aquél creció en la religión de quienes sabían blandir el látigo y la cruz con la misma inflexible convicción de que así servían piadosamente a su deidad exclusiva, remota y todopoderosa.

Crece, para Quintín, fue trabajar mientras más crecía, más trabajaba. Pero cuando dejó de crecer no dejó de trabajar; antes bien, los años en que culminó el desarrollo de su vigor físico fueron los que conocieron el abuso más brutal de su energía. Cuando

cumplió los cuarenta y cinco se sintió viejo (con dos hijos adultos y Petronila empezando a quejarse de sus reumas), pero ese mismo año de 1868 trajo cambios e imprevistas inquietudes a su vida. Sucedió que el nuevo amo, heredero del que acababa de morir y abogado con título barcelonés, lo sacó de los campos donde ya no “rendía” lo suficiente y lo hizo su cochero. Tan pronto como el joven letrado abrió bufete en Llano Verde, Quintín empezó a pasar la mayor parte del día en el pueblo. Allí, conversando con otros cocheros, artesanos y gente que venía de otras poblaciones (a veces era alguien que llegaba de San Juan), llegó a enterarse, antes que ningún otro negro de la hacienda, de acontecimientos y rumores (y no siempre era fácil distinguir los unos de los otros) que después comentaba con su mujer y unos pocos amigos de confianza, generalmente de su misma edad porque intuía que aquellas informaciones podían inquietar demasiado a los más jóvenes. Así supo, por ejemplo, que poco después de lo de Lares y El Pepino había estallado en Cuba una guerra contra los españoles; que los jefes blancos de aquella insurrección habían concedido la libertad a todos los esclavos que se unieron a sus fuerzas; y que uno de sus “cabecillas” (ésa era la palabra que se usaba en público) era un mulato libre llamado Antonio Maceo. Esto último lo hizo recordar al esclavo rebelde de su infancia, que, según la leyenda nacida de su fuga, había logrado establecerse en una república de negros libres en Santo Domingo. Así, cuando la abolición fue proclamada en Puerto Rico sin necesidad de una guerra, Quintín no pudo dejar de pensar que aquella guerra sí se había librado, pero en el territorio de la otra Antilla.

Para entonces su amo ya se había mudado a San Juan, donde según decían iba escalando posiciones importantes en el partido reformista que encabezaba el ponceño Baldorioty (de quien, por cierto, había oído comentar Quintín que no era completamente blanco); pero desde allá lo recomendó para que ocupara, ya como hombre libre, el puesto vacante de bedel del Ayuntamiento. Quintín reconoció que no se había portado mal el hombre, pero no vio la recomendación como un regalo: bien que se la había ganado con medio siglo de trabajo sin tregua ni descanso. Por otra parte, la “libertad” no vino a alterar la forma de su vida en lo esencial; y en eso precisamente pensaba ahora, mientras sentía con placer cómo los rayos cada vez más cálidos del sol evaporaban el agua con que se había mojado la cara y los pies. Era, se había dicho muchas veces y se repetía ahora, como si “todo” hubiese cambiado para que todo permaneciera igual. Porque, ¿qué seguía siendo él, a fin de cuentas, a los ojos de quienes en realidad eran los dueños de la vida en Llano Verde, sino “el negro Quintín” de siempre? ¿Qué verdadera diferencia había entre su vida actual y la del tiempo en que era esclavo? Ahora, era cierto, ganaba un salario fijo, pero tan exiguo que no le permitía vivir mucho mejor que antes; ya no tenía que levantarse con el sol para ir a dejar todas sus fuerzas en el cañaveral, pero podían mandarlo a dormir en un puente sin que pudiera protestar; nadie tenía ya el derecho de venderlo como si fuera un animal, pero él no era elector porque era analfabeto, carecía de propiedades y no pagaba impuestos. Se sentía puertorriqueño, claro, más puertorriqueño desde luego que los cachacos, los corsos y los mallorquines que despreciaban a los “hijos del país”. Y entre estos últimos, incluso, ¿cuántos se avenían a tratarlo como igual? Había

excepciones, sí. Catalino Romero, por ejemplo. Pero ése era un blanco pobre que predicaba la igualdad entre los hombres y por eso las autoridades lo tenían entre ceja y ceja. Don Adrián Colomer también era otra cosa: como igual exactamente no sabía Quintín si lo vería, pero lo recordaba como uno de los primeros abolicionistas de Llano Verde, y en más de una ocasión lo vio, cuando era joven, redimiendo negritos en la pila bautismal por veinticinco pesos. Eso había sido en los tiempos de aquel abogado que se había atrevido a abofetear a un militar español... ¿cómo se llamaba?... Segundo Ruiz, sí, y aquel doctor mulato que había estudiado en Francia y era la cócora de los coachacos, y le decían “el padre de los negros y los pobres” y lo habían botado del país porque los capitanes generales le temían más que a la peste. Betances se apellidaba, y pensando en él se había preguntado Quintín algunas veces si este otro médico “de color” cuyo nombre ahora sonaba tanto, el doctor Barbosa de Bayamón, estaría hecho de la misma pasta. Amigo de los españoles tampoco era, a juzgar por lo que había hecho en la asamblea de su partido un año antes, cuando se le enfrentó a Muñoz Rivera y se negó a aceptar el trato que éste había hecho con unos políticos allá en Madrid. Recordó que en aquellos días hasta don Adrián Colomer había tenido palabras elogiosas para él, y don Adrián no era de los que alababan a cualquiera porque sí. Algo, entonces, debía de tener el hombre en la cabeza y en el corazón, y el hecho de que fuera de su misma raza no dejaba de inspirarle cierto orgullo al viejo Quintín Correa. Y junto a ese orgullo alentaba un asomo de esperanza, porque si un hombre de la condición del doctor Barbosa había llegado a tal altura, no tenía por qué ser un sueño vano confiar en que sus propios nietos, algún día... Algún día... pero, ¿cómo iban a ser los días de este país de ahora en adelante? ¿Qué pensarían de todas estas cosas los americanos que pronto empezarían a gobernar aquí? Peores que los españoles de seguro no serían: en su propio país tenían una república, y habían abolido la esclavitud diez años antes de que lo hiciera España. Habría que ver.

Pero justo en el momento de decirse eso Quintín Correa sintió, ahora que se había puesto de pie porque le pareció que ya era tiempo de ir regresando al pueblo, que desde las plantas de sus pies descalzos ascendía un aviso que ponía en alerta todos sus sentidos. No había visto ni oído nada, pero sin esperar a más subió a pasos rápidos desde la margen del río hasta el camino y allí se detuvo unos instantes con los pies bien afirmados en el suelo. A continuación, moviéndose siempre con premura, cruzó el puente y al llegar al otro lado se puso de rodillas, se inclinó hacia adelante apoyándose en las palmas de ambas manos y apretó el oído contra la tierra dura y comunicativa. Unos segundos le bastaron para descifrar el mensaje que ésta le transmitía. Irguióse nuevamente, ahora sonriendo. Así que todavía, se dijo con sorpresa impregnada de satisfacción, conservaba aquella capacidad de entendimiento con las cosas que sólo tenían esa manera de hacerle sentir que estaban vivas. ¡Ah, cómo lo hacía gozar, casi hasta el punto de moverlo a risa aparentemente absurda, aquel levísimo, aquel secretísimo tremor con que la tierra le revelaba el avance de muchos hombres sobre ella!

Minutos después (no habría podido decir cuántos, pero no muchos en todo caso

porque había cubierto casi al trote la distancia que lo separaba del centro del pueblo) interrumpió Quintín Correa el ya de por sí inquieto desayuno de don Sebastián Camuñas con una ráfaga de palabras entrecortadas por el sofoco:

—¡Ya vienen... ya vienen llegando los americanos... señor alcalde!